



08 DE NOVIEMBRE DE 2008 - NÚMERO: 876

Chispazos de talento

Libros Por Fernando Martínez Laínez.

Sin duda, es exagerada la apreciación de Borges cuando dice que la obra del gran G. K. Chesterton «no encierra una sola página que no ofrezca una felicidad», pero sí sería justo decir que esa obra es la de un titán de las letras, alguien que se atrevió con casi todos los géneros literarios y que salió bien, y hasta muy bien parado, de tan ingente desafío.

Ingenioso, paradójico, polémico, políticamente incorrecto en sus opiniones (y le gustaba opinar de todo), azote inflexible de lugares comunes, debelador del «progresismo» hueco, abogado ferviente del sentido común, leer a Chesterton es asomarnos a una demostración de sutileza que nunca defrauda. Algo que se pone de manifiesto en esta recopilación de relatos, casi todos inéditos en español y reunidos bajo el título de Tratado elemental de demonología, cuento que inicia el libro y en el que se revelan las variedades primarias de estos «seres» oriundos de simas candentes, de tan notoria influencia en los asuntos del mundo. Cuando escribió en plan chusco este breve tratado, Chesterton tenía 17 años y atravesaba una etapa juvenil difícil. Dudoso de su propio talento, se sentía aislado y confuso.

Como buen cristiano, Chesterton creía en los demonios, y en su juventud se interesó por el ocultismo, el espiritismo y lo que llamó «el juego con el diablo», hasta que pasó del agnosticismo militante al anglicanismo y luego al catolicismo. Algunos de los cuentos que aquí comentamos permiten seguir esta evolución, ya que engloban un arco temporal que incluye casi toda la trayectoria chestertoniana. Desde escritos de juventud hasta el magnífico relato de madurez «El hombre que mató al zorro», escrito poco antes de su muerte.

De contenido desigual, aunque representativo, esta recopilación adelanta muchas de las cualidades que han hecho perdurable la originalidad de Chesterton. Incluye gemas como el cuento fantástico infantil «En busca del

ganso salvaje» o la irreverente fábula «Inglaterra en 1919». Sin olvidar el excelente relato policiaco «El detective Dr. Hyde y el asesinato de las columnas blancas» (1925), donde reaparece el Chesterton creador del padre Brown en estado puro mofándose de la «increíble credulidad» de la mente moderna ante la ciencia, o de los detectives capaces de reconocer a los criminales «oliéndoles el pelo o contando sus botones».